

## Barco y naufragio

Peter Gross

1

«...se estremecía, se pulverizaba entre estertores», con estas palabras describe Gustave Rathe el hundimiento del *Bark Stefano* ante el cabo Noroeste de Australia en el año 1875. «Las bombas no funcionaban. Se dio la orden de abandonar el barco y de utilizar cualquiera de los pequeños botes susceptibles de ser arriados hasta el mar.» ① Mientras pernoctamos sobre el inestable zócalo de San Francisco y escuchamos el temblor periódico repetido con un ligero estremecimiento, como un sísmógrafo, por la puerta de la habitación que cierra mal vuelve a nuestra memoria ese pasaje y se entrelaza con recuerdos relacionados. El 2 de marzo de 1995, es decir, 120 años más tarde, la *Endeavour* partía del *Kennedy Space Center* hacia el cosmos para un viaje de 14 días. James Irwin, que viajó en 1971, hace ya casi un cuarto de siglo, con el *Apollo 15* hacia la luna describió así la dramática quiebra de nuestra percepción que se derivó de la conquista del universo: «La Tierra nos recordaba una bola de árbol de Navidad colgada en la oscuridad del espacio. Conforme aumentaba la distancia disminuía su tamaño y al final se redujo al tamaño de una canica.» En la ceremonia que tuvo lugar en la Casa Blanca justamente para celebrar la primera llegada del hombre a la luna hace 25 años, los astronautas del *Apollo II* Neil Armstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins fueron ensalzados por el presidente Clinton como «nuestros guías hacia lo maravilloso, lo inimaginable, la auténtica obra de Dios». La Tierra en medio de la oscuridad del universo: ¿habremos de despedirnos de ella? ¿Estará acaso nuestra patria allí donde no hemos llegado, donde todavía no estamos?

Washington, donde tiene lugar la ceremonia en la que se describen las lejanas galaxias como la auténtica obra de Dios y a los astronautas como nuestros guías hacia lo maravilloso, es al mismo tiempo la ciudad americana con el índice más elevado de delitos violentos. Unos cuantos bloques más allá de la Casa Blanca estallaron en 1968 batallas callejeras provocadas por el asesinato de Martin Luther King. En 1994 la Casa Blanca fue tiroteada por un blanco que estaba de visita y un avión al que resultó imposible detener aterrizó patinando sobre un ala y se estrelló. En las guías de la ciudad se repite siempre la frase: «Al anochecer hay que evitar los caminos peatonales a toda costa.» Por la noche incluso los habitantes de la ciudad evitan el parque llamado *The Ellipse* situado inmediatamente al sur de la Casa Blanca y en cuya prolongación meridional, más allá del *Tidal Basin*, se halla el *Jefferson Memorial*. Y al alcance de la vista reconocemos el *Lincoln Memorial* reflejándose también en el lago excavado ante él y entre las columnas que representan los estados de la Unión acecha la efigie de seis metros de alto de Abraham Lincoln tallada en mármol blanco, extrañamente presente, emergiendo en medio de una luz brillante proyectada por reflectores y atisbando entre las columnas. En una ciudad y un país que se siente al mismo tiempo cerca de Dios y del diablo, que oscila entre un futuro de ensueño y un presente lleno de violencia, en una ciudad en la que las calles horizontales marcadas con letras y cortadas en diagonal por avenidas fueron dispuestas ya en el siglo XVIII de modo que los cruces pudieran transformarse rápidamente en pequeños fortines. Una ciudad, por fin, en la que los empleados del Pentágono miran hacia el cementerio de *Arlington* con sus 200.000 tumbas y al mismo tiempo planean campañas militares disuasorias en zonas de guerra o inestables en las que al cabo de unas pocas semanas o incluso días morirá un número mayor de seres humanos que los que alberga este cementerio.

Peter Gross es profesor de Sociología en la Universidad de St. Gallen (Suiza). Es autor, entre otras obras, de *Die Multioptiongesellschaft* (1994) y de *Ich-Jagd. Im Unabhängigkeitsjahrhundert* (1999). El presente ensayo forma parte del volumen compilado por Ursula Keller *Perspektiven metropolitaner Kultur* (Suhrkamp, 2000).

① Gustave Rathe, *Der Untergang der Bark Stefano vor dem Nordwestkap von Australien im Jahre 1875*, Frankfurt a. M. 1994, pp. 26 y 27.

Claes Oldenburg  
*Linterna, 1968*

El *Apollo 11* en el *National Air and Space Museum*, la película sobre el espacio *The Dream is Alive* que se proyecta sobre una pantalla de 20 metros de altura en el *Langley Theater*; los jugadores de golf aficionados que empujan esas pequeñas pelotas blancas por un suave paisaje, los que practican el *jogging* relucientes de sudor dejando sus huellas mecánicamente en las marcas y también Irwin, Armstrong, Aldrin, Collins y Clinton, todos ellos ponen de manifiesto *lo mismo*. Que el hombre no es lo que es, sino lo que desearía ser. Expulsado de la naturaleza, abandonado por los instintos, es un animal metafísico. Reducido a sus propios recursos ha de configurar por sí mismo la seguridad de la que carece y dar algún rumbo a su vida. Somos y no somos –la moderna historia de salvación se desenvuelve entre las líneas de fuerza de esta antropología. El ser humano habría nacido libre y, sin embargo, los grilletes le atenazan por todas partes –así inicia Rousseau su *Contract social*. La Ilustración y la emancipación le han librado de sus grilletes y de su lecho de enfermo. La modernidad es una virtuosa de la liberación. Por mucho que en la modernidad persistan restos de rituales, cultos y certidumbres institucionales destinadas a proporcionar seguridad en la vida y paz ante las cuestiones vitales y a reforzar los restos de tradiciones por la mera repetición, el alma titubea, duda



Claes Oldenburg

Estudio para una escultura en forma de piano de cola, 1974

sin cesar entre realidad y posibilidad. Y de igual manera que el *por qué*, revestido siempre de matices negativos, permanece siempre en la oscuridad, el espíritu liberado oscila entre un presente imperfecto y un futuro luminoso.

## 2

En las metrópolis actuales, especialmente en las vertiginosas megalópolis del Tercer Mundo, se ha encarnado de nuevo, acaso por última vez, lo lejano y lo numinoso. La ciudad glorificada en la *Carta de Atenas* pretende convertirse en una *radiante y constante armonía de microcosmos y macrocosmos*. La asombrosa fuerza de atracción, que se incrementa sin cesar, de las ciudades explica la huida incondicional que se produce hacia ellas y es expresión de esa oscilación entre el aquí y el allí. El movimiento mismo que tiene lugar en las metrópolis ha transformado la indecisión de esa oscilación en un movimiento que se produce siempre en la misma dirección, la dirección desde la que irradia. El impulso es más violento que nunca y el acelerado crecimiento que está experimentando la población mundial tiene por escenario casi exclusivo las ciudades. Pero la ciudad es brillante y perfumada, es el futuro claro y radiante de un presente obsoleto, una vía láctea terrenal que

② André Corboz: Die «Großstadt» Schweiz oder Zur Notwendigkeit und von den Abhängigkeiten einer Stadtplanung, en Hans G. Helms (ed.): *Die Stadt als Gabentisch*, Leipzig 1992, p. 163.

reproduce los destellos que laten en el tráfico de la vía principal de la ciudad como una fotografía de alta velocidad. Esos flujos de gentes aparentemente caóticos que transcurren entre las plazas, los monumentos, los barrios y los distritos configuran una estructura irisada a través de la cual late el pulso de esas corrientes humanas en un movimiento que parece nacido e impulsado por sí mismo de pasaje en pasaje, de plaza en plaza, de pasos subterráneos a pasos elevados y de pasos elevados a pasos subterráneos. Pero su auténtica dimensión no es en absoluto, como se refleja en las reflexiones de Baudrillard ③, el cambio o la simple conmutación. Pues el presente y el futuro no son intercambiables ni tampoco equivalentes o indiferentes recíprocamente. Y la velocidad no es en ningún caso, como Virilio trata de hacernos creer siempre, el culto central de la forma de vida moderna. En última instancia, la velocidad acelera ese desasosiego en el que se ha sumergido el ser humano desde que caminó erguido, parpadeó mirando al frente y configuró sus ojos para comprender y conquistar. Esa movilización general, total y universal incluso, incluyendo sus apoteosis militares, pirotécnicas, no es más que la variación mega-urbana de la decisión en torno a lo que aún no existe.

Así pues, la ciudad representa el futuro para aquellos que aún no se encuentran en ella, un futuro visible, pero jamás visto, un paraíso radiante como el cristal durante el día y que irradia un fulgor rojizo por la noche, una mezcla de Jersualén y Babilonia. Para quienes viven en ella el futuro se define continuamente – la información global es como un holograma almacenado en cada una de sus partes, en cada zapato, en cada traje, en cada Blancanieves de escaparate, en cada cartel de cine. La flecha siempre señala en esa dirección y al aguijón que se clava en nuestra carne nos empuja hacia delante.

Las ciudades crecen a una velocidad vertiginosa y en lugar de conducirnos a los pequeños fortines que hay en los

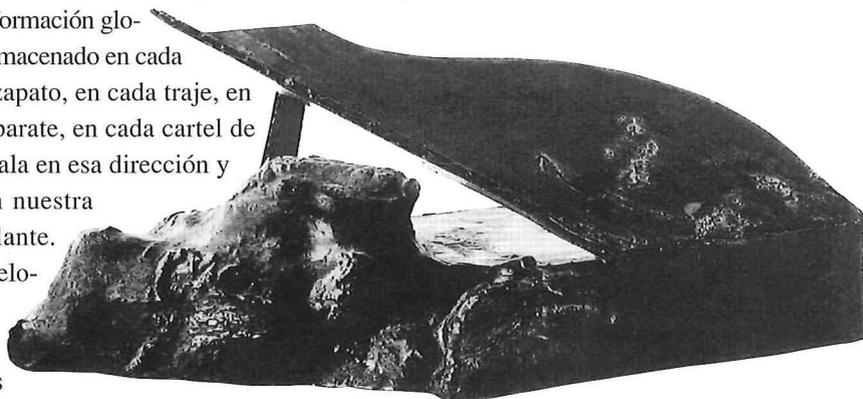
cruces, sus calles y aceras, los callejones y las escaleras nos llevan hacia promesas de felicidad cada vez más numerosas y cada día nuevas, sobre todo cuando se ocultan tras pesadas puertas giratorias o tras umbrales electrónicos que las custodian o detrás de un cristal a prueba de balas. Las metrópolis del Tercer Mundo, en las que futuro flamea radiante, luchan contra un crecimiento demográfico descontrolado, mientras que en las ciudades del Primer Mundo, sobre todo en las ciudades norteamericanas, con una población relativamente constante, se multiplican las zonas incontroladas y los espacios donde no rigen las normas. La mitad de la población mundial vivirá pronto en las ciudades; en estos momentos viven en Ciudad de México entre 18 y 20 millones de personas. São Paulo, Calcuta, Bombay, Shangai, Buenos Aires, Yakarta y Teherán alcanzarán cifras de magnitud similar debido a la inmigración.

### 3

Especialmente por la noche, cuando las ciudades brillan desde lejos y emergen al aterrizar como mares de luz gigantescos e infinitos, es cuando esos brillantes paraísos más ocultan sus zonas de sombra. Es cierto que «los pueblos comenzaban a brillar, como imágenes de estrellas que se contestaban unos a otros ...La tierra entera ... cubierta de saludos luminosos... Todo lo que envolvía la vida de los hombres refulgía», así lo expresaba Antoine de Saint-Exupéry en *Nachtflug* (*Vuelo Nocturno*).④ De noche el futuro que late en ellos eclipsa los elevados costes de ese crecimiento. Durante el día,

③ Véase Jean Baudrillard: *Amerika*, Munich 1987.

④ Antoine de Saint-Exupéry, *Nachtflug*. Düsseldorf 1951, p. 19.



las fotografías por satélite permiten reconocer de forma singularmente precisa no sólo los cementerios donde yacen los soldados, sino también los depósitos de inmundicias de Nueva York que, por otra parte, crecen más rápidamente que la ciudad misma. El ciudadano americano acumula a lo largo de su vida una montaña de basura 3900 veces mayor que el peso de su cuerpo; así es como van surgiendo gigantescos mausoleos e incineradoras de basuras y también incendios visibles a gran distancia provocados por los seres humanos por desesperación o por simple gamberrismo. Hay cada vez más seres humanos, sobre todo en las megalópolis del Tercer Mundo, que no habitan en ese resplandeciente futuro, sino en los basureros del presente. «Despierto en el corazón de la noche», cuenta de nuevo Saint-Exupéry, «se dio cuenta de repente de que el ser humano emerge con más claridad allá abajo durante la noche: esas luces, esos gritos mudos, ese desasosiego.» ⑤

⑤ Op. cit., p.21.

Así pues, la diferencia entre el campo y la ciudad penetra en la propia ciudad. A lo largo y a pesar de los diversos proyectos de planificación los espacios urbanos se dividen como si constituyeran espacios completos y autónomos y en las partes así formadas se repite el mismo proceso inacabable. La dicotomía divide el tiempo en que vive y se imagina el ser humano en presente y futuro. Esa separación temporal se concreta y se convierte espacialmente en símbolo con modelos cambiantes y a ritmos acelerados. Las ciudades europeas que crecieron en épocas anteriores son una demostración de esa división con sus múltiples variantes. Así, mientras que hasta los años cincuenta las clases acomodadas tendieron a retirarse cada vez más del centro hacia las zonas residenciales de clase alta, ahora se asiste a la inversión de ese esquema histórico con el proceso de *gentrification*. Se produce el regreso a la ciudad, el retorno al *centro histórico de la ciudad*. En él se encuentra el pasado, profundamente opuesto a esa concepción del progreso que aspira a un futuro radiante, pero libre de impurezas y bellamente adornado como una reliquia. Los grupos de población inmigrante son mantenidos lejos de esos restos del pasado. Por eso se reorganizan sobre los restos del presente, miserables copias de las ciudades, basureros en los que la diferencia entre el presente y el futuro se repite pero al nivel más miserable.

Eso que se reproduce a sí mismo de forma tan persistente no es una excrecencia distópica o aleatoria, no es una metástasis cuya velocidad y expansión no fuera posible predecir. En la lucha por el futuro se forma, como demuestra Mike Davis en 1994 en sus investigaciones de sociología urbana ⑥ a partir del modelo socioecológico de Ernest W. Burgess, una serie de anillos concéntricos. Las causas son múltiples, una red de factores repetidamente analizados que se derivan del regreso de los ricos a las ciudades mediante procesos de invasión, competencia, sucesión y simbiosis (en cuanto a los factores biológicos) y como consecuencia de determinantes ecológicas como los ingresos, precios del suelo y el miedo a perderlos. Pero las verdaderas causas no se hallan tanto en el pasado como en el futuro que relampaguea por todas partes en el exterior como una cascada de luces.

⑥ Véase Mike Davis, *City of Quartz*, Berlín/Gotinga 1994; del mismo autor; *Urban Control. Jenseits von «Blade Runner»*, en *Die Beute*, otoño 1994, pp. 6-26.

Los asentamientos en medio de las ruinas y las chozas de los pobres reflejan marginalmente las casas de los ricos que están ya más cerca o en el camino hacia el futuro, sus barrios reservados, sus zonas de seguridad, sus barrios fortificados, sus máquinas de simulación. Los ejemplos más conocidos son los hoteles-máquina de Las Vegas, los *Shopping Malls* que se levantan hacia el cielo, por ejemplo el *Water Tower Place* de Chicago, un completo mundo en miniatura en el que resplandece el futuro y del que está excluida la miseria del presente. Las réplicas europeas son *La Défense* de París o el *Canary Wharf* de Londres. (Nos viene a las mentes el escenario de Salman Rushdie de la metamorfosis de Londres. La ciudad «trópica» del futuro ha de contener: «una moralidad más clara y terminante, la extensión universal de la siesta, el desarrollo de modelos activos y extravertidos de comportamiento en la población, música pop de mejor calidad, nuevos pájaros en los árboles

⑦ Salman Rushdie: *Eine Stadt: Sichtbar, aber ungeschaut*, en la obra del mismo autor *Die satanischen Verse*, 1989, pp. 245-359, este pasaje pp. 355 y s.

(pavos reales, cacatúas, tupís), árboles nuevos para los pájaros (cocoteros, tamarindos, banyás de barbas colgantes). Una vida mejor en las calles, flores de colores fabulosos: magenta, rojo cianbrijo, verde neón, monos araña en las encinas.» ⑦) En Berlín y Frankfurt am Main están construyéndose centros similares. *Beverly Hills*, donde se dice que James Stewart solía saludar a los turistas en otros tiempos, es en la actualidad un barrio vigilado por cámaras de video y silencioso como un cementerio. Lo «in» son hoy los centros comerciales y de diversión resplandecientes, que contemplan el futuro imperturbables, luminosos y hasta chillones, son los *Bunker Hills* donde se acumulan gigantescas estructuras arquitectónicas con ascensores; edificios de alta seguridad para los negocios y el lujo, con mercados herméticos de productos derivados, de opciones y de arte cuyas exposiciones (a pesar de lo anacrónico que pueda resultar el arte frente al dinero), provistas de alarmas y de cristal blindado contra posibles atentados con ácidos (¡qué arcaico!) y robos ofrecen su luz mortecina a la contemplación de los visitantes. Visitantes que se sienten satisfechos, tras haber escapado por fin de las calles, de poder fijar y templar su mirada en el *Macbeth* de Tony Sherman, el *Black Supper* de Serrano o el *Hanged Man* de Bruce Nauman, sobre todo porque el contacto visual con los demás en la jungla callejera resulta altamente desaconsejable.

#### 4

Pero en nuestra era de lo virtual esta trasposición espacial de la distancia temporal resulta de nuevo anacrónica. Otra vez es Mike Davis quien en 1994, en sus reportajes sobre L.A., considera obsoleta la ingenua extrapolación de las concepciones antropológicas según las cuales el ser humano oscila entre el presente y un futuro lleno de luz. Ciertas películas utópicas como *Blade Runner* de Ridley Scott – y añadiremos asimismo *The Snake* de John Carpenter – no pasarían de ser versiones refinadas y elevadas a dimensiones colosales de la *Metropolis* de Fritz Lang. Lo mismo podría decirse sin duda de las ciudades del fin de los tiempos profetizadas en los comics que circulan en todas las grandes ciudades, por ejemplo en *Akira* de Otomo, en *Hard Boiled* de Frank Miller y Geof Darrow o en *Jenseits* de Gentinetta, en los que seres desesperados y necrófilos arrastran sus excesos. ⑧ Los rascacielos son montañas de dimensiones colosales dignas del Himalaya, sobre su espacio aéreo silban no sólo lanzaderas de carga, sino también aviones enormes, prehistóricos, y por sus calles abismales se arrastran masas amorfas observadas incesantemente por comandos sin rostro. La ciudad comienza a dividirse en dos de forma nueva: se duplica y genera una ciudad real y una ciudad hiperreal o virtual. La segunda es el resultado de las tecnologías del silicio y del cortocircuito de las ciudades producido por las tecnologías de la información. La red cibernética, extendida a lo largo de los cables que atraviesan la tierra y de los satélites que navegan por el cielo se abate como un tul gigantesco sobre las ciudades.

Esa escisión de la ciudad sólo es perceptible de forma virtual, latente, más bien a través de oscuros avisos y de minúsculas declaraciones de guerra. Las fronteras espaciales se tornan inservibles, innecesarias. Bajo ese radiante futuro y en las ruinas vomitadas por ese futuro se percibe por todas partes lo potencial, lo oscuro, los presagios más fatídicos. En 1982, Erving Goffmann abordó en sus «Microestudios sobre el orden público» el papel central desempeñado por las reservas de carácter territorial en las aglomeraciones de gentes. ⑨ En el momento en que otros seres humanos aparecen en el campo visual se activa de inmediato una burbuja territorial invisible (la tecnología de los *air-bags* en los automóviles reproduce técnicamente el mismo fenómeno) que, como una cápsula, protege al individuo de daños y contaminaciones. El hombre urbano vive, camina, se mueve en medio de un *bag* invisible que se hincha o se carga en el momento en que aparecen en el horizonte otros seres humanos. La reserva personal o el *box*, como lo define también Goffmann, se identifica y se

⑧ Véase Katshuhiro Otomo: *Akira*. Vol. 1-19, Hamburgo 1991; Frank Miller/Dave Gibson: *Liberty. Ein amerikanischer Traum*. Vol. 1: *Der Dschungel*, Hamburgo 1992; Frank Miller/Geof Darrow: *Hard Boiled*, Vol. 2, Sonneberg 1993; Claudius Gentinetta: *Jenseits*, Zurich 1991; véase también Peter J. Evans: *Cyber Tribes*, en *Manga Mania*, N° 17 (1994), pp. 6-11.

⑨ Véase Erving Goffmann: *Das Individuum im öffentlichen Austausch. Mikrostudien zur öffentlichen Ordnung*, Frankfurt a. M., 1982.

⑩ Richard Sennett, *Verfall und Ende des öffentlichen Lebens*, Frankfurt a. M., 1983; véase también la obra del mismo autor *Civitas. Die Großstadt und die Kultur des Unterschieds*, Frankfurt a. M., 1994.

⑪ Véase Goffman, *Das Individuum im öffentlichen Austausch*, op. cit., pp. 77 y ss.

manifiesta en una serie de signos, unas gafas de sol, unos determinados brazos de sillón o las ropas que se visten –qué más da. El declive de la vida pública en los espacios públicos que tan expresivamente definió en 1983 Richard Sennett ⑩ y que convierte al automóvil en un *box* ideal capaz de transportarnos protegidos por un caparazón exterior ha generado también, sin embargo, ciertos medios de definición e identificación territorial a los que algunos sociólogos como Goffman dedican libros y libros. La ley es el espejo de las infracciones y, por tanto, la posibilidad de disponer de numerosas técnicas para proteger la integridad personal es también un espejo de los medios y formas de esas infracciones. Desde el hecho de mirar, observar, taladrar con la mirada, pasando por la irrupción de ruidos, de discursos inesperados hasta las contaminaciones del propio espacio habitable por secreciones corporales como esputos, mocos, sudor, restos de alimentos, sangre, esperma, vómitos, orina y heces (por recoger las enumeraciones casi detectivescas de Goffman ⑪) pero también por medio de los olores, del calor corporal (!) que se conserva en asientos y cojines, de marcas residuales como restos de comida –el espectro es infinito.

Frente a ello la distribución espacial de la ciudad respondió creando un dentro y fuera con particiones cambiantes. Todavía es posible controlar la temperatura pero no a los visitantes o intrusos de los *Malls* y *Shopping Centers*, esas instalaciones polivalentes de los que irradiaba un brillante futuro. En la película de ficción *Dawn of the Dead* grupos de zombies, muertos en apariencia, irrumpen en un *mall* y se divierten con los productos de consumo almacenados y con los consumidores. Se trata de un escenario futuro posible, pero pensado desde parámetros antiguos. El problema no es el declive de la vida pública, sino la desaparición de los espacios reservados materializados por medios arquitectónicos y urbanos. En este crisol multicultural se disuelven como en ácido incluso los *boxes* más estables. Las marcas se evaporan. Quienes se sientan en ese futuro amorfo se ponen a salvo con medios siempre nuevos: ascienden a las alturas, a *skywalks* inmunes a la meteorología, se construyen guetos fortificados, se protegen con sistemas de alarma y cristal blindado y recurren a ejércitos enteros de fuerzas de seguridad privadas.

Pero al mismo tiempo, y puesto que la exigencia de más cosas es incontrolable y el ansia, infinita, el nuevo futuro es alumbrado por lo antiguo. Sin embargo siempre es posible compensar y completar nuestra vida en el futuro mediante la simulación. ¡Un cuerpo vivo en el cielo! Y surge así la ciudad *hiperreal* en la que la polarización entre realidad y posibilidad, entre presente y futuro y el movimiento que generan esos dos polos es sustituida, transferida a la ciudad, completada y, en parte (de ahí la expresión *hiperreal*), inventada de nuevo.

El *Cesars Palace* de Las Vegas con su asombrosa *piazza* romana, el centro comercial y de diversión con un *Bloomingdale's*, *Macy's*, *Nordstrom* y un *Sears* bajo el mismo techo. *Disney World* y los *MGM-Studios* no son itinerarios hiperreales, sino itinerarios miniaturizados en el camino hacia la *hiperciudad* construida por completo con los medios de la tecnología de la información. Ordenadores, sensores y generadores procuran la base sobre la que se cimenta la ciudad virtual: habitaciones, luego casas, barrios y, por fin, ciudades enteras. La ciudad de silicio realizada con nuevas tecnologías se convierte así en competidora de la ciudad heredada, real. Un *Cyberspace* urbano permite al paseante postmoderno «deambular a través de la radiante geometría de una ciudad mnemónica». ⑫ Las auténticas ciudades son las ciudades de silicio que, aunque todavía no hayan llegado a serlo, lo conseguirán a una velocidad vertiginosa; y las ciudades reales parecen transformarse en pálidos reflejos especulares. ⑬

Pero, ¿existe alguna forma de escapar? ¿Será posible que las ciudades generadas por *ciber-máquinas* consigan no repetir esa vieja escisión entre el presente y el futuro? ¿Se podrá deambular por ellas sin *boxes*, sin *bodyguards*, sin preguntar qué barrios y calles son pacíficas y cuáles son

⑫ Véase Davis, *Urban Control*, op. cit., p. 23.

⑬ Véase Norbert Bolz, *Wir brauchen die Heuchelei, die Illusion, die «Politik als ob»*, en Rudolf Maresch (ed.), *Am Ende vorbei*, Viena, 1994, pp. 42-72.

zonas de violencia? El paseante postmoderno también se mueve entre un negro presente y un futuro luminoso. La antigua escisión reaparece siempre bajo formas nuevas. Mundos virtuales, ciberespacios e hiperrealidades son los herederos modernos o postmodernos de las visiones barrocas del cielo (y del infierno) que también entonces contribuyeron a agudizar la conciencia de las diferencias que separaban un presente efímero de la gloria eterna. En nuestros días las fantasías que oscilan entre el presente y el futuro se condensan en el *Open Sky*, cuyos satélites alimentan las *Super Information Highways*.

Junto a ellos, los parques y paisajes temáticos con sus evidentes mecanismos de simulación, los *Disney Worlds* y los parques de ocio y, ni que decir tiene, los *Malls* y los centros comerciales, resultan encantadoramente heroicos. Hace ya mucho tiempo que esos mundos virtuales se han convertido en las mentes de sus promotores en aquello que ya son en la actualidad si se los examina más de cerca: anticuadas máquinas simplemente mecánicas de ilusiones cuya obra maestra más reciente son las *Space Mountains* del *Dysneyland* de París en las que el sueño de la conquista del cosmos se convierte en realidad a través de un viaje espacial simulado de ida y vuelta. La fantasía más llamativa es la que encarna *The Hall of Presidents* de la *Liberty Square* en el *Magic Kingdom* del *Orlando* de Walt *Dysney*. Todos los presidentes desde Jefferson mueven sus cabezas al ritmo de un director de orquesta invisible, mientras que algunos, entre ellos Jefferson, Lincoln, Kennedy y Clinton nos animan a marchar – hacia ese lugar al que todavía no hemos llegado.

## 5

«...se estremecía, se pulverizaba entre estertores», escribe *Gustave Rathe* acerca del hundimiento del *Bark Stefano* ante el cabo Noroeste de Australia en el año 1875. «Las bombas ya no funcionaban. Se dio la orden de abandonar el barco y de utilizar cualquiera de los pequeños botes susceptibles de ser arriados hasta el mar.»<sup>14</sup> El planeta Tierra junto a sus megaciudades se ve envuelto en una serie de corrientes que no figuran en los mapas del futuro. Las sirenas aúllan, y las ciudades se estremecen entre estertores. No sólo tiemblan las puertas de las habitaciones. La industrialización y modernización planetarias han acumulado en las metrópolis las esperanzas de cerrar los abismos que separan la realidad de la posibilidad. En ellas la Buena Nueva ha sido partida en dos por tres veces. La última recuerda el dualismo de los monoteísmos: el descubrimiento de una nueva residencia, la ciudad de Dios en el más allá galáctico.

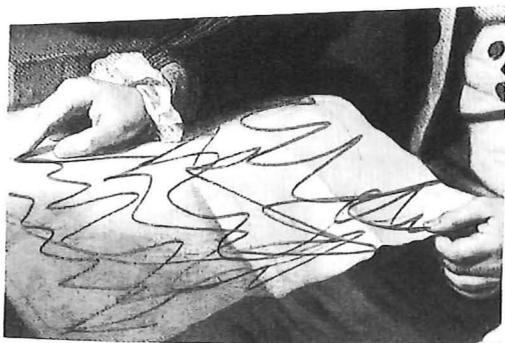
El libro del *Éxodo* narra la historia del pueblo de Israel que humillado, quebrado, angustiado y desesperado por la opresión de los egipcios busca con la mirada formas de escapar. Mientras exista suficiente tierra para cultivar, esas vías de escape serán espaciales, geopolíticas. Pero en la civilización sincrónica venidera indisolublemente unida a hipertextos ya no servirán los viejos conceptos espaciales y las divisiones que se apoyan en ellos. Las ciudades, como arquitecturas sin patria, desaparecen tragadas por un monstruoso crecimiento ajeno a lo espacial. La *zona* de Lyotard perderá su carácter territorial no sólo a escala planetaria, sino también interplanetaria. La galaxia se convierte en el nuevo país de emigración para los sueños de huida. Los espacios planetarios, infinitos y vírgenes, reiterarán los restos de los sueños de futuro terrenales. La ciudad es un naufragio, el mundo está en ruinas. La huida de Egipto como despedida del planeta; en lugar de éxodo, emigración, en lugar de marcha, vuelo. En el Pleistoceno tardío el ser humano, contemplado desde la perspectiva de la evolución histórica, rompe las ligaduras directas que le unían a los ecosistemas naturales. Cuando comienza la evolución cultural el hombre se libra de la naturaleza, sale de ella, como suelen decir los antropólogos. *Ahora sale del mundo* que él mismo ha configurado como una segunda naturaleza para configurar una tercera naturaleza. Después de que todas las culturas antiguas hayan dirigido sus mira-

<sup>14</sup> Rathe, *Der Untergang der Bark Stefano*, op. cit., p. 27.

das al cielo, la visión desde los satélites utilizada diariamente en las previsiones meteorológicas de la televisión hace posible que ahora miremos *desde* el cielo. Ya no son sólo los muertos quienes abandonan diariamente la Tierra, sino pronto también los astronautas de todos los países dominantes.

El sueño americano halla su continuidad en lo *intergaláctico*. *The Dream is alive* – aquí y en películas sobre el cosmos contempladas por cientos de personas en diversas estaciones espaciales y Museos Espaciales es posible recorrer el espacio a través de pantallas gigantes. *We stay into the Future, just as Columbus did on this day 500 years ago. We accept the challenge of searching for a new world*, así rezan las palabras con las que comienza el programa de los 100 millones. Los ingenieros de la NASA tienen el propósito de convertir Marte de aquí al año 2170 en un planeta verde semejante a la Tierra. Ese planeta del color rojo del óxido, el más próximo a la Tierra, irradia luz. De 2030 a 2090 será convertido en un planeta urbano mediante fábricas químicas movidas por energía atómica, espejos reflectantes, películas de baterías extendidas sobre la superficie y liberando dióxido de carbono, agua y nitrógeno. Una nueva generación de viajes espaciales desarrollados en competencia entre Lockheed y Rockwell & McDonnell Douglas hará que los vuelos espaciales sean más rápidos, mejores, más frecuentes y baratos. El sexto continente no será ya la Politeia de Platón, ni la Ciudad del Sol de Campanella puesta al servicio de la glorificación de Dios, sino el espacio extraterrestre.

Las ciudades del futuro esbozadas en las fantasías arquitectónicas, desde la *Utopia* de Thomas Moro, pasando por la Ciudad del Sol de Campanella y la *Nova Atlantis* de Francis Bacon, eran ciudades que no habían roto sus ligaduras con la Tierra y, aun cuando diseñaran casas superaltas y



15 Véase Arthur Loosli, *Piranesia. Variationen zu den Ansichten der Tempel von Paestum des Giovanni Battista Piranesi*, Berna, 1982.

gigantescas ciudades subterráneas, tampoco brindaban protección ni perdurabilidad ante los peligros naturales o los riesgos generados por el hombre. Las enormes máquinas destinadas a prestar servicios con sus sistemas de climatización, ascensores, conducciones de aprovisionamiento, depósitos de desechos y conexiones eléctricas son extremadamente vulnerables. La diferencia entre presente y futuro, entre un hoy profundamente oscuro y un futuro luminoso escapa a toda definición y organización espacial horizontal. Las ciudades ya no se dividen entre lo que está arriba y lo que está abajo o entre el centro y la periferia. Los seres humanos miran alternativamente hacia un nuevo aquí y un allí. Dirigen sus ojos hacia el cielo buscando una nueva ciudad para vivir.

Y es que los *boxes* que, según Erving Goffman, han sido construidos a lo largo de una evolución cultural milenaria como espacios y zonas de protección invisibles de índole individual, se están ablandando como si fueran de goma. Nos vienen a la memoria las infinitas *Carceri* de Piranesi en las que ya no deambulan seres humanos, sino imitaciones sin rostro.

16 El declive de la vida pública en los espacios públicos se completa y desde la explosión ocurrida en el *Federal Building* de Oklahoma parece irrecuperable. La situación de las ciudades evoluciona hacia un punto no previsto por el modelo concéntrico de desarrollo urbano de Burgess. En las ciudades y en sus virtualizaciones se encuentran por doquier imágenes de un nuevo futuro situadas sobre nuestras cabezas: la *Endeavour*, el *Apollo II*, las *Space Shuttles*, las *Mariners*, *Vikings*, *Voyagers*, metáforas de una nueva ascensión celestial; Irwin, Aldrin, Armstrong y Collins son sus pilotos. Y la Tierra, diminuta como una canica, centelleando en la oscuridad del espacio,



parte

descomponiéndose, un reflejo marginal perdido de magnificencia estelar, la galaxia, la auténtica obra de Dios, y los astronautas, *nuestros*, nuestros «guías hacia lo maravilloso», como dice Bill Clinton.

La Tierra se estremece entre estertores, las sirenas aúllan. Es como en una pesadilla, las bombas no funcionan y buscamos barcos con la mirada. Se da la orden de abandonar el barco y de utilizar todos los botes susceptibles de ser arriados. Los satélites prosiguen su remoto camino. Ocuparemos constelaciones de estrellas deshabitadas, primero las ciudades semejantes a islas que flotan en el espacio hechas de materiales ligeros y ordenadas en configuraciones flexibles en una banda próxima a la Tierra y, luego, más allá, colonizando poco a poco el sistema solar y los demás sistemas estelares que se extienden infinitamente, que serán descubiertos en seguida, cartografiados y estudiados. El futuro es la medida del presente, la galaxia es infinita y al mismo tiempo el lugar del auténtico origen, la felicidad está siempre allí donde no estamos.

Postdata: Tras el naufragio del *Bark Stefano* ante el cabo Noroeste de Australia consiguieron salvarse diez hombres. Ocho de ellos no sobrevivieron a las penalidades del desierto. Dos marineros fueron hallados por los aborígenes y rescatados —¡dos!

Claes Oldenburg

*La botella en la playa,*  
*Un portal en Middlesbrough,*  
*Las manos de Cook, 1987*

■ Traducción de Elisa Renau

